

## TRES DIMENSIONES DE LA VIDA RELIGIOSA

### I. VIDA RELIGIOSA COMO OPCION Y ELECCION LIBRE Y AMOROSA, RESPONSABLE Y SERIA

La vida religiosa como opción tiene estas implicaciones:

- 1) Implica haber encontrado en nuestro camino, por una parte, los bienes de acá (matrimonio, carrera) y por otra, haberse encontrado con los bienes de allá arriba, sobre todo, haberse encontrado con la persona de Cristo, haberle conocido, tener una experiencia de El.
- 2) Implica, también, el habernos sentado a la mesa y haber sopesado, a la luz de Dios y de la eternidad, el valor intrínseco de los bienes que se me ofrecen en el horizonte de mi libertad y voluntad: matrimonio, dedicación a una carrera bien remunerada, el sacerdocio como consagración total al amor de Cristo, las diversiones y facilidades de este mundo. Este sopesar significa ver quién pesa más, quién tiene mayor peso y valor, para mí, para mi corazón, voluntad, inteligencia. Ver los pros y los contra.  

P.e. Si escojo una carrera obtendré esto y esto, deberé abstenerme de esto y de esto. Si me consagro a Dios, tengo que dejar esto y esto, y obtendré esto y esto.
- 3) Implica, en tercer lugar, un preguntar a Dios cuál es su decisión para mí, su voluntad para mí. De este saber lo que Dios ha decidido desde toda la eternidad para mí debe brotar el siguiente paso, el cuarto paso, el decisivo y tajante..
- 4) Un **dar un golpe** en la mesa y decir con libertad, con conciencia plena, con decisión: "Escojo esto y dejo esto, porque Dios así lo quiere para mí". Es el momento de mayor libertad de la persona humana, donde uno deja empeñada su palabra, su valía humana, su capacidad de elección. Es el momento de mayor realización humana, porque mi decisión se acopla, se identifica y acoge la decisión de Dios que ya tenía desde toda la eternidad para mí.
- 5) Implica, finalmente, un ser consecuente con esa opción que yo hice libremente, un reafirmar una y otra vez esa opción ante los sobresaltos, dificultades y otras alternativas que me sobrevengan durante la vida. Estas dificultades, aunque cuesten y duelan, sin embargo, acrisolan, prueban, afianzan y maduran. La madurez de una persona está en sus opciones definitivas. La opción definitiva no es

una opción a prueba, mientras no encontramos o no tropezamos con otra posibilidad mejor. La opción definitiva es total, absorbente, totalizante y exclusiva.

## II. VIDA RELIGIOSA COMO RENUNCIA

Toda elección trae consigo un renunciar a otras miles y buenas posibilidades, a otros miles bienes buenos y legítimos que se presentan en el horizonte de nuestra libertad. Y la razón de esta renuncia se encuentra en esa máxima de Cristo: "El hombre no puede servir a dos señores".

También este segundo aspecto de nuestra vida religiosa trae consigo unas implicaciones:

- 1) Nuestra opción por la vida religiosa implica una **renuncia, primero, al matrimonio y a los bienes del matrimonio** (hijos, placeres y delicias del hogar), a través del voto de castidad. Renuncia, no porque el matrimonio sea un bien malo o inferior al bien del celibato. Es un bien que me exige amor. Ahora bien, yo al renunciar a este bien del matrimonio no renuncio al amor; al contrario, he encontrado otra manera de realizar mi amor: sublimándolo, orientándolo totalmente a Dios y a todos los hombres, y no a una sola familia. No dejamos, pues, de amar, como nos quieren hacer creer los que se oponen a este carisma del celibato por el reino de los cielos.

Es una renuncia a una familia reducida, que nos absorbería todo nuestro tiempo, sentimientos, corazón, alma y cuerpo, en detrimento a otras miles y miles de familias, que también necesitan mi presencia. Renunciamos, sí, a una familia para abrir nuestro corazón a todas las familias del mundo. ¿Cuándo habíamos pensado que estaríamos dedicando nuestra vidas a familias que no conocíamos, que tienen otra mentalidad y modo de ser? Esto ha sido posible gracias a la disponibilidad total de nuestro corazón, proveniente de nuestro celibato. No es renuncia a amar, repetimos. Hemos escogido a Cristo como objeto de nuestro corazón. A El amamos con todo nuestro ser, nuestra voluntad, nuestra mente, nuestras fuerzas. Y El, Cristo, nos dirá monseñor Luis María Martínez "**tiene toda la firmeza de un padre, la delicadeza y desprendimiento de una madre, el encanto y la ternura de una esposa**". Y en Cristo, amamos a todos.

- 2) Implica, en segundo lugar, **una renuncia, a través del voto de obediencia, a disponer de una total y plena libertad, sin traba, ni sujeción**. Renuncia a esa libertad omnímoda que tanto pregonaba Sartre y Camus y que según ellos era la que nos hacía hombres, porque podíamos disponer de todo a nuestro antojo y capricho. La vida religiosa es una renuncia, no a ser libres -sería autodestruirnos y

dejar de ser hombres, pues el hombre ha sido creado libre y no puede nunca renunciar a su libertad-. Es, más bien, una renuncia a pensar y obrar como si de nada ni de nadie dependiésemos. Y esto no puede ser, porque somos seres radicalmente dependientes:

- a) Dependemos de Dios en nuestro ser y en nuestra alma espiritual e inmortal.
- b) Dependemos de nuestro papás en nuestro cuerpo, en esa fisonomía que ha quedado marcada en nuestro ser corporal, y que tanto nos condiciona, por no decir, nos determina a veces a obrar de una determinada manera.
- c) Dependemos de una tierra, de un país, que también nos condiciona nuestra manera de ver la vida, el trabajo, la cultura. Condiciona nuestro mismo carácter.
- d) Dependemos de nuestros maestros y profesores, en nuestro crecimiento cultural y a veces en nuestra ideología.
- e) Dependemos de los demás en nuestro desarrollo de nuestro ser social, pues el hombre es radicalmente un ser social y político, como lo definió Aristóteles.

Por tanto, decir que el hombre goza de una libertad omnímoda es una utopía, es ignorar y volver las espaldas, como avestruces, a los datos de la filosofía y de la experiencia diaria. Renunciamos a ese querer usar de nuestra libertad a nuestro antojo y sin ninguna restricción. Con esta renuncia, el religioso dice al mundo que ha encontrado otra manera de realizar su libertad: poniéndola en manos de Dios completamente. Es tan frágil y está tan amenazada nuestra libertad que la queremos poner a salvo, al resguardo de Dios, para que El haga con ella lo que desee.

### **III. VIDA RELIGIOSA COMO OBLACION RECIPROCA**

Como oblación recíproca: por parte mía y por parte de Dios.

Primero por parte mía:

- 1. Como holocausto total: tiene que quemarse todo. Con los años no podemos ir reclamando nada: el bofe, una pata, una costilla, el hígado.
- 2. Como holocausto continuo y perpetuo, constante. En la edad joven, madura, decrepita.
- 3. Como holocausto consciente, amoroso y alegre: sólo así hay oblación; de otra manera, habría resignación y coacción. El nos podría decir lo que Elcaná dijo a su esposa Ana, estéril en 1 Sam: "¿Acaso no valgo para ti más que 10 hijos?".

Segundo, por parte de Dios. ¿Qué me da El y qué me ofrece?

- 1. Me da una joya de mucho valor: el celibato, como nos describe Pablo VI en su encíclica. Y es una joya, un don concedido, como dijo

dom Aloisio Lorscheider en su ponencia en el sínodo, "**a la persona, para que ésta viva la vida de Cristo; dádiva también para la Iglesia, pues no se puede concebir a la Iglesia sin la vida consagrada**". Es una joya que hace visibles los trazos del rostro de Dios

2. Me ofrece su amistad íntima, como nos dice el Kempis en el libro III, cap. 5 y 6.

3. Me encomienda su misma misión redentora y sus poderes sacerdotales: salvar a los hombres, dándoles el perdón y la eucaristía.

**Conclusión:** Agradecer. Valorar y sacar brillo. Defender. Alimentar y transmitir esta vida religiosa con nuestro ejemplo y palabra.